

¿Por qué no quemamos los paneles fotovoltaicos?

MARIO SÁNCHEZ-HERRERO

El sistema eléctrico terminó 2009 con un saldo negativo de 4.615 millones de euros, el famoso déficit de tarifa. En el mismo año, las energías limpias recibieron 6.214 millones en primas. De esta cantidad, 1.560 fueron a parar a la eólica y 2.586 a la fotovoltaica, pero, eso sí, produciendo la primera un 13% de toda la electricidad consumida, frente al escaso 2,5% de la segunda.

La solución salta a la vista: lo mejor sería quemar todos los paneles fotovoltaicos en As Pontes. Conseguiríamos poca electricidad pero eliminaríamos de golpe buena parte de los

problemas de nuestro modelo energético. Sin fotovoltaica, el déficit se convertiría en un problema menor.

Dejémosnos entonces de inventos y volvamos a lo conocido: al gas. Aunque, claro, en España no hay gas. Y si Putin se enfada con Ucrania o en Argelia triunfa la revolución islámica... O, poniéndonos menos geoestratégicos: si a Rusia o Argelia les ofrecen el doble por su gas en China... O si las catástrofes climatológicas nos obligan a tomarnos en serio la necesidad de dejar de quemar combustibles fósiles. Si todos estos futuros (muy) posibles

tienen lugar, lamentaremos haber quemado los paneles y con ellos una industria pujante en la que, por una vez, España es puntera.

Todo el mundo debería saber que el enorme coste actual de la fotovoltaica se debe únicamente a la ineptitud de unos pocos. Siete (u ocho) altos cargos ministeriales y dos docenas (o tres) de asesores, autores de la desquiciada legislación que permitió llenar de paneles los campos. Sin embargo, es mucho más importante transmitir otro mensaje: que la fotovoltaica va a devolver con creces el apoyo de estos años. Llevará más tiempo, por culpa de esos pésimos legisladores, pero nuestra apuesta por la energía solar pasará a la Historia como uno de los mayores aciertos estratégicos. Porque cuando la fotovoltaica represente el 12% (o más) del consumo, la mayor parte de esa electricidad será más barata que la del resto de tecnologías. Eso sí, siempre que los nuevos paneles se instalen con lógica, o lo

que es lo mismo: instalaciones sólo en techos, es decir, produciendo en el mismo lugar donde se consume a un precio de 13 céntimos por kilovatio/hora (KW/h). Un panel solar en medio del campo vende su electricidad al mercado mayorista a razón de tres o cuatro céntimos por kW/h; financiación a 25 años, para una tecnología con una vida útil que supera los 40 años; simplificación administrativa. En definitiva, montar paneles debería suponer poco más que instalar el aire acondicionado.

Sobre esta base, con miles de pequeñas instalaciones produciendo en medio de la ciudad, al cargo de un enjambre de empresas instaladoras, creando empleo cualificado y una industria competitiva, es como la fotovoltaica hará pronto olvidar sus torpes comienzos. Por consiguiente, más fotovoltaica, no menos. Nada de quemar paneles.

Mario Sánchez-Herrero es socio director de Ecooo